

antiguo. Y tras esas jornadas de sol abrasador restregado en los riñones, en las costillas y las escápulas, el aroma a mosto reptaba por entre las calles de Daimiel, por la madera y herrajes de los portalcones, por las panzas de cal, los zócalos añiles y las bardas de las tapias, por aleros y tejados, por zaguanes y chimeneas, hilvanando las piqueras de los pajares con los campanarios de San Pedro Apóstol y Santa María, penetrando a hurtadillas por los resquicios de las ventanas, alojándose en cocinas, alcobas y corredores; un aroma que embaucaba, quizá, a las salamanquesas y a los murciélagos, a los niños y también a los más viejos, a esos ancianos que, cada noche, se sentaban a la puerta de sus casas para conversar con sus recuerdos, al fresco de la madrugada, interrumpidos por los maullidos cercanos de los gatos, por las risas y carreras de los nietos, por los, a veces, inefables silencios de sus hijos.

.....

Me asomo a la ventana, hacia el empaste ámbar que se restriega contra ese horizonte sin extremos que se pierde aguas arriba del Azuer. Comienza septiembre, un año más. Pronto partirán los vencejos, pronto las grullas acudirán a los aguazales de las Tablas, al atardecer, en formación, con ese trompeteo que siempre me ha parecido premonitorio de buenas noticias. Comienza septiembre y no hay tiempo que perder. Los majuelos de airén y de tinto esperan. Me asomo al cuarto de mi padre para despertarle, pero no hace falta, ya está en pie, ya se está vistiendo. Contemplo su cuerpo recogido, la leve rigidez que se aprieta a sus manos, lo encorvado de su espalda, la sonrisa que alumbra desde muy adentro sus pupilas, los labios, lo hondo de sus mejillas, toda su vida.

—Vamos padre, ya es la hora.

José Agustín Blanco Redondo